

¡QUÉ MIEDO!

“Si Napoleón levantara la cabeza...”, lamenta mi abuelito en voz alta; yo de reojo miro hacia el rincón donde duerme nuestro mastín, pensando qué habrá hecho mi perro para tener tan tristes y preocupados al abuelo y al resto. Estoy seguro, por la cara que ponen todos, de que ha sido algo muy serio, así que aunque me muero de ganas por saber qué ha pasado, me quedo quieto en mi silla escuchando, no sea que me riñan.

Papá y mamá repiten una y otra vez la palabra crisis. Para no molestarles suelto una mentirijilla diciendo que necesito ir al baño y marchó corriendo a buscar el significado en el diccionario. Me subo a una banqueta para bajar el libro de la estantería del salón, pero luego me cuesta encontrar la palabra porque el diccionario de casa es muy gordo y el del cole más chiquitín; además no entiendo la explicación: habla de una enfermedad; de ofertas y otras palabras muy raras, así que empiezo a imaginar a gente en las rebajas que se pone malita al ver los precios.

Mamá me llama desde la cocina para que meriende y vuelvo como un cohete: esta tarde toca bocadillo de mortadela que me encanta, ¡además como he terminado pronto los deberes tengo sorpresa de chocolate!

Cuando llego, los mayores siguen hablando de sus cosas. Alguno de ellos usa la palabra “terrible” y yo enseguida pienso en Drácula, Godzilla y otros monstruos. Pregunto entonces, si una crisis da miedo, papá me responde que mucho... y tiemblo. Mamá al verme se preocupa, por eso me pone la mano en la frente, yo le digo que no estoy enfermo (¡No quiero que se me pegue a mí también esa enfermedad tan rara!)

Sigo merendando pero me aburro. De repente el abuelito comienza a soltar palabrotas y a decir que el gobierno está dando por saco, o algo así, y que lo de la crisis es un tema muy grande y gordo. Pregunto qué es eso del gobierno, y mi papá que lo sabe todo, me cuenta que el gobierno es el jefe de todos; así que imagino: un Frankenstein más grande y gordo que en la tele, de dientes muy feos y tornillos en el cuello, con un enooooorme saco al hombro, vestido con un traje negro donde pone jefe, paseándose entre la gente que compra en las rebajas asustándola hasta que se pone enferma.

Corro lloroso hasta Napoleón y le riño, porque todo esto ha empezado por su culpa. “¿Tanto te cuesta levantar la cabeza, perro malo?”, le digo.